

# Palabras del doctor Felipe Barrera Osorio al recibir el Premio Medalla Juan Luis Londoño de la Cuesta

---

Cuando recibí la noticia que era el ganador de este premio, mi sentimiento inicial de inmensa alegría pasó rápidamente al espanto. ¿Cómo era posible que yo recibiera un premio en honor a Juan Luis Londoño, uno de los colombianos mas extraordinarios en la historia del país, y con un antecesor como Alejandro Gaviria, el economista más brillante de mi generación? Mi sensación de espanto aumentaba con el pasar de los días: esperaba la llamada contándome que, en efecto, se había cometido un error y que la persona elegida era otra. Posteriormente el sentimiento de espanto pasó al de un gran compromiso. La Medalla Juan Luis Londoño de la Cuesta es un gran honor, pero ante todo, conlleva una responsabilidad inmensa. Al fin y al cabo, la Medalla es un acto para recordar a Juan Luis y su transparente ética por el trabajo, su gran compromiso con el país, su inteligencia superior al servicio de los menos afortunados. Es así que con una alegría inmensa y profunda humildad recibo este premio, el cual representa, más que el reconocimiento a mi trabajo, el compromiso de honrar a Juan Luis en lo que aún no he hecho.

La primera vez que escuché a Juan Luis cursaba mi cuarto año de economía en la Universidad de los Andes. Asistí a un seminario en el que el orador principal era el joven Subdirector de Planeación Nacional. Guardo vivo en la memoria la impresión que Juan Luis forjó en mí. Él era un gran expositor, una fuente interminable de ideas interesantes. Sin embargo, lo que más me impresionó fue su pasión por hacer algo por las personas con menores oportunidades.

Juan Luis es el mejor ejemplo de una larga tradición de economistas en Colombia con una fuerte vocación de servicio público. Yo soy heredero de esta tradición: mi trabajo de investigación es práctico, y se centra en entender cómo crear políticas eficaces para mejorar el bienestar social del país, especialmente en el campo de la acumulación de capital humano, uno de los temas predilectos de Juan Luis.

El trabajo de Juan Luis Londoño, al igual que el de Alejandro Gaviria sobre movilidad social, muestra la importancia de la educación en el crecimiento y la distribución. La pregunta que

ha sido mi obsesión toma como punto de partida los estudios de Juan Luis y Alejandro. En efecto, yo he construido sobre la evidencia establecida por ellos dos según la cual la educación es un factor crítico en el desarrollo del individuo y la sociedad. En esta misma dirección, he dedicado mi carrera a investigar, desde la evaluación de impacto, la eficacia de las políticas y programas para aumentar la acumulación de capital humano de los grupos sociales más vulnerables del país.

Pertenezco a una nueva generación de microeconomistas que, desde la academia, interactúa estrechamente con los hacedores de política pública en el diseño y la evaluación de políticas. Este nuevo economista es práctico, con una visión de los problemas concreta y aterrizada. Éste es otro de los legados de Juan Luis: como ningún otro economista, Juan Luis conocía de primera mano los problemas concretos de implementación de políticas, y siempre antepuso criterios técnicos para desarrollar las acciones del Estado.

El camino hasta mi trabajo actual ha visto cambios dramáticos. Al igual que Juan Luis, comencé mi carrera como economista queriendo ser ministro de hacienda y trabajando en temas macroeconómicos, influenciado fuertemente por mis excelentes profesores de la Universidad de los Andes. Alberto Carrasquilla y Eduardo Sarmiento me mostraron las dos caras de un debate que lleva varios lustros entre los economistas.

Comencé mi vida laboral en Fedesarrollo. Mis jefes en ese entonces, Miguel Urrutia, con su fuerte intuición económica y su humor fino;

Mauricio Cárdenas, con su claridad de pensamiento y su consejo discreto; y Eduardo Lora, con su pragmatismo y su distancia con el falso debate ideológico, fueron y siguen siendo personas fundamentales en mi vida profesional.

Fui a la Universidad de Chicago pensando aún en macroeconomía, y comencé a convertirme en microeconomista. Chicago me enseñó mucho, pero la lección más importante fue sobre el fracaso. Una de las acciones de las que me siento realmente orgulloso fue el haberme recobrado después de no haber pasado los exámenes de doctorado de Chicago. Si acaso pretendo dejar algún legado a mis hijos es éste: pocas acciones son realmente importantes en la vida, y una de ellas es la capacidad de luchar cuando se está perdiendo.

Eduardo Lora me apoyó ciegamente durante mi transición a la Universidad de Maryland, institución que me devolvió la fe en la educación. Posteriormente, al regreso al país, Juan José Echavarría y Mauricio Cárdenas me apoyaron incondicionalmente desde Fedesarrollo. Mi gratitud con ellos tres es inmensa.

Mi trabajo actualmente se parece al trabajo de los paleontólogos. Ellos, al igual que los microeconomistas empíricos, intentan reconstruir el pasado a partir de información imprecisa. Cada vez que me enfrento a una pregunta de investigación y a una base de datos, viene a mi memoria el enfrentamiento entre los paleontólogos Edward Drinker Cope y Othniel Charles Marsh. En 1870, Cope ensambló un grupo de huesos del espécimen *elamosaurus*, con la mala fortuna que su peor enemigo, Marsh, descubrió

que había puesto la cabeza al final de lo que debería ser la cola del animal.

Por medio de técnicas de evaluación de impacto, he intentado contestar un tipo de pregunta simple: ¿los programas sociales surten los efectos esperados? La respuesta a la pregunta de si, por ejemplo, estudios de educación técnica causan mayores ingresos futuros, pareciera obvia. Sin embargo, la respuesta es mucho más difícil de lo pensado. Cuando uno observa los datos de ingresos de personas que obtuvieron capacitación técnica en el pasado y los confronta contra los datos de aquellos que no obtuvieron ese nivel de estudio, es difícil deducir si la capacitación técnica aumentó los ingresos, o si los altos ingresos reflejan una mayor habilidad, la cual también puede estar asociada a mayores estudios. Precisamente este tipo de preguntas es la que intenta responder la evaluación de impacto. Estoy convencido que el uso sistemático de la evaluación de impacto para el análisis de las políticas sociales en el país es crítico. La evaluación de impacto es una herramienta invaluable para incrementar la sostenibilidad de las políticas sociales frente al vaivén de los partidos políticos y el debate ideológico.

El trabajo de mis últimos cinco años ha estado centrado en la evaluación de políticas públicas en Colombia, en especial en el área de la educación. Por ejemplo, en uno de mis trabajos argüí que el SENA se ha rezagado frente a otras instituciones privadas; en otro estudio encuentro que los colegios en concesión mejoran la calidad de educación, y no solo de sus propios estudiantes, sino también de los colegios públicos alrededor de

ellos; otro estudio muestra que las transferencias condicionadas de dinero pueden llevar a decisiones familiares fundamentales como disminuir el trabajo de un hijo y aumentar el de otro; otro estudio predice que la política de gratuidad puede generar aumentos importantes en asistencia escolar, especialmente de mujeres jóvenes.

La gran mayoría de mis trabajos son el producto de un grupo de personas. Mi agradecimiento con todos ellos es grande. Pienso en este premio como el reconocimiento a un grupo significativo de microeconomistas trabajando en temas sociales en pos de esa Colombia terca que tanto se resiste a la que soñó Juan Luis Londoño.

Sin embargo, entre más estudiamos más comprendemos la frontera de nuestra ignorancia. Por ejemplo, todavía no entendemos sistemáticamente los determinantes de la calidad en educación. Por supuesto, incrementar la calidad de educación en el país es uno de los retos de política pública fundamental actualmente. Sabemos que medir la educación por medio de pruebas estandarizadas es fundamental. Colombia ha avanzado significativamente al implementar pruebas nacionales como las Saber y en presentar pruebas internacionales como PISA.

Experiencias en otros países nos han dado indicios que ciertas intervenciones estatales pueden llevar a una mejor educación. Por ejemplo, programas que dan mayor gobernabilidad a los colegios y padres de familia o programas en los cuales el maestro es recompensado monetariamente cuando a los alumnos les va bien en pruebas académicas han mostrado tener repercu-

siones positivas. Sería fascinante intentar algunas de estas iniciativas en Colombia, y evaluarlas antes de convertirlas en políticas nacionales.

Otro reto fundamental del país es la atención temprana de niños, tanto en educación como en salud, la cual ha mostrado tener un retorno contundente. Estoy seguro que Juan Luis, al comenzar el Sistema de Protección Social de Colombia, estaba pensando en este tipo de programas.

La historia de Marsh y Cope tiene un final digno de economistas. Marsh, asociado al museo Peabody de Yale University, colocó a finales del siglo diecinueve una cabeza errónea en un brontosaurio. Ese modelo erróneo de espécimen fue copiado en todo el mundo, y solo hasta 1981 el museo reconoció el error. Por supuesto, todas las exposiciones en el planeta tuvieron que ser corregidas; y con seguridad algún museo despistado aún mantiene la cabeza equivocada.

Creo que no necesito decir que los economistas llevamos, en algunos casos, más de 100 años con especímenes equivocados. Todos los esfuerzos por tener evidencia empírica rigurosa que nos permita generar un mejor mañana y desarmar uno que otro brontosaurio erróneo es fundamental.



Tengo tres conversaciones pendientes en mi vida. Mi primer diálogo inconcluso es con una persona que, como Juan Luis, le hace una falta infinita al país. Después de varios meses frenéticos de trabajo, el grupo investigador de la Misión

del Ingreso entregó el primer informe preliminar un viernes del 2002. Ese día me encontré en el segundo piso de Fedesarrollo con Ulpiano Ayala, director de la Misión, y acordamos que hablaríamos el lunes para discutir los siguientes pasos en mi documento. Ulpiano murió el sábado.

Mi segundo diálogo inconcluso es con Juan Luis. A inicios del año 2003 llamé al Ministro de Protección Social dos semanas antes que tomara una avioneta rumbo a Popayán. El Ministro me regañó. Llevaba varios meses explicando la reforma laboral al país, y en un debate que yo organizaba, lo iba a enfrentar con la cabeza de uno de los sindicatos laborales más poderosos de Colombia. Me dijo, "Felipe, deme la oportunidad de un debate abierto, donde las ideas sean el centro de la pelea". Juan Luis estaba defendiendo la reforma con una claridad impresionante. Él sabía que un mayor costo de contratación laboral generaba mayor desempleo, y que nadie hablaba por los desempleados. Quedamos de hablar otra vez cuando al regreso de su viaje.

Mi más largo diálogo inconcluso lleva 30 años postergado. Mi padre murió un noviembre de 1977, y desde ese entonces he guardado muchas ideas para hablar con él. Él también fue parte de esa tradición de economistas que soñaba con políticas públicas que crearan una mejor Colombia. Sus amigos cuentan que él fue el mejor de su promoción de MIT. Asimismo cuentan que fue un hombre con un ansia de vivir inagotable. También cuentan que fue un hombre de pocas palabras, pero cuando tocaba hablar, hablaba. Mi padre, de acuerdo con la memoria imborrable en sus amigos, nunca tomó un trago de más.

Déjenme les cuento una historia simple: yo nunca he hecho nada de eso. No fui el mejor de Chicago; a veces la pasión me abandona en mis tristes añoranzas; son muchas veces las que he hablado sin necesidad y callado vergonzosamente; y ciertamente me he empecinado siempre en tomar un trago de más. Pero con seguridad heredé lo mejor de mi padre. Lo mejor de él fue el haberse casado con una mujer maravillosa. Mamá, gracias por hacer de lo cotidiano algo extraordinario; gracias por haberme regalado el ansia de buscar lo que no es obvio.

Como lo solía hacer mi abuelo, llego al final de mis palabras citando la frase hermosa de un poeta,

*"También esta noche, tierra, permaneciste firme.  
Y ahora renaces de nuevo a mi alrededor."*

En mí, el misterio es aún más asombroso. Soy como el niño aquel que, después de comportarse mal en el colegio, milagrosamente recibe todos los regalos esperados en la navidad, con la certidumbre que existe un error, con la certeza que los dioses son generosos. Como ese niño me despierto todos los días no sólo con el piso firme en mis pies, sino también con la terca perseverancia del amor de mi familia; con la infinita esperanza de mis amigos. Mi tierra tiene sabor a fidelidad, a promesa. Por ese amor, por esa fidelidad, déjenme les digo a ustedes -mis amigos, mi familia, Katja- gracias. Desde el más profundo rincón de mi alma, desde ese rincón incorruptible donde vive aquel niño que aún se asombra por los regalos inmerecidos, gracias, muchas gracias.

*Bogotá, marzo 6 de 2008*